

Un buen jugador

*Where a boy
In the listening
Summertime of the dead whispered the truth of his joy
To the trees and the stones and the fish in the tide.*

DYLAN THOMAS

Poem in october

LO QUE PRIVILEGIA LA OBRA DEL ENSAYISTA CUBANO Roberto González Echevarría es el juego. Ahí hallo el axis. La ruta y el mito, su prole: la voz de un muchacho que murmura la verdad de su gozo —como sugiere Dylan Thomas—. Trataré de argumentar esta opinión. Dos palabras exigen deslinde: juego y muchacho. ¿Por qué las tomo como guías? ¿Qué encierran y expanden a los efectos de la caracterización? ¿Cómo se avienen a una persona cuyas máscaras, por su ilustrado lustre, aparentan estar a mil millas de las dos flechas?

Claro que juego es libido, gozo. Pero implica algo más, conduce a la analogía del juego con la creación artística, que Kant precisa siguiendo a Aristóteles. Su atracción está en sí mismo, en el placer que genera, en el refuerzo de las energías vitales. Poner las fibras a plenitud —como dice Schiller— es un estímulo único. Su contextualización rebasa la estética romántica, es intemporal e independiente —aunque siempre se desee ganar— de sus resultados inmediatos; aunque no debe oponerse al trabajo, pues tiene su lado coactivo, reglas a cumplir, como los «juegos lingüísticos» de que habla Wittgenstein.

Mi impresión —¿por qué no confiar en las impresiones?— es que las estrategias por las que Roberto González Echevarría opta en sus escritos privilegian lo lúdico. Ello supone un placer en el ejercicio de su profesión como crítico literario, dentro de un género donde hay consenso en considerarlo parte de la literatura y no derivado, creación y no consumo, o mejor —bajo la ambigüedad posmoderna— reformulación de un objeto verbal. ¿Acaso no habla

José Prats Sariol

Lyotard acerca de que todo mensaje no es más que *language games*? En suma y multiplicación: cada texto que musicalmente compone sobre otro texto es un juego. Y uso el presente histórico para precisar una labor que se extiende por más de treinta años.

Le gusta lo que hace, tan sencillo. Deconstruye —lee *sous rature*— y sesga de nuevo, tan difícil... Y aquí llegan las rigurosas reglas del juego, cuyo cumplimiento estricto asume y ejemplifica desde que se doctora en Yale University en 1970 con una tesis sobre *La vida es sueño*. Tales requisitos, evidentemente, son los que permiten un juego de epistemología literaria o de béisbol, de ajedrez o de exégesis alusiva. El campus universitario en el que crece y vive le enseña e impone, lo convierte en seguidista en un receptor-transmisor de tradiciones. Pero a la vez, desde luego, le abre los vicios inherentes a la profesión.

Entra entonces más diáfana su primera cualidad. El juego —¿ipseidad?— lo salva de los vicios académicos, lo distingue dentro de la masa de profesores, mucha veces más atentos al *ridiculum vitae* que al logro de conocimientos y a la implícita satisfacción que trae consigo. Desde este ángulo bastaría con citar su *Alejo Carpentier: El peregrino en su patria* para argumentar cómo sabe elucidar sin que los fárragos —¿podrían llamarse situacionales?— le lastren la indagación, porque busca desentrañar y entranar las novelas del enorme escritor, aprender hasta los «últimos viajes del peregrino», llegar «al Palacio de las Maravillas, donde, en un simposio perpetuo sobre sus obras, pasaremos juntos el intervalo de la eternidad».

Cuando leo *The Voice of the Masters. Writing and Authority in Modern Latin American Literature* (al fin, el pasado año salió en español, por la cubano-madrileña editorial Verbum), participo en un maratón cuya meta no está, por cierto, frente al anuncio de que los participantes se han ganado una beca u obtenido un grado científico, han cumplido el plan del año académico o recibido una toga violeta... Sin excluir los estímulos paralelos, o a veces para ellos —la *distinction*, como enseña Pierre Bordieu—, se disfruta de la carrera porque se corre en ella, porque hace sentir fuerte y estimula a nuevas caminatas por los textos que allí estudia, a partir de *Ariel* de José Enrique Rodó, mucho antes (el *copyright* es de 1985, University of Texas Press) de que se pusiera de moda la revalorización del escritor uruguayo, a partir de más sensatas lecturas, sin los *calibanismos* aldeanos y las demagogias marxistoides que acomplejadamente buscan la identidad, deprecian al ensayista bajo el mote de extranjerizante y bajo el disparate —igual ocurre con José Martí— de meterlo en una suerte de invernadero donde el tiempo no pasa, donde lo que quizás fue válido para su época se quiere extrapolar a la nuestra. Y aquí sí me parece que debo usar el pretérito indefinido y no el presente histórico...

La cualidad de Roberto González Echevarría como precursor —*Ariel* es sólo un ejemplo— también debe enlazarse al juego. Una curiosa interdependencia entre agudeza e ingenio —claro que hay una programación genética— arma sus indagaciones con exactos antídotos contra las plagas que Octavio Paz, cáusticamente, clava en la vitrina ornitológica, cuando en *La otra voz. Poesía y fin de siglo*, advierte: «El reciente auge de la industria universitaria de

la crítica ha convertido las modestas colinas de basura que dejaba la literatura en verdaderos Himalayas de desechos». Pero más cáustico aún se muestra Jorge Luis Borges, cuando en la *Noche* dedicada a *La poesía* afirma: «Hay personas que sienten escasamente la poesía; generalmente se dedican a enseñarla. Yo creo sentir la poesía y creo no haberla enseñado; no he enseñado el amor de tal texto, de tal otro: he enseñado a mis estudiantes a que quieran la literatura, a que vean en la literatura una forma de la felicidad».

Considero que la mejor y mayor virtud de este escritor y profesor se halla en ser fiel a esa búsqueda de un placer intelectual, bajo la premisa de que se trata de no aislar zonas racionales de sensoriales, de transmitir un *querer*. Por lo general, sus escritos logran contagiar un entusiasmo que provoca, además, un juego dentro del juego —como *The Player King* en *Hamlet*— que añade otra energía motivacional. Una suerte de pasión expresiva tensa la relación dialógica, pues uno experimenta no la descripción de un fenómeno —*Doña Bárbara* o *Terra Nostra*, *Los reyes* o *El derecho de asilo*—, sino un irrefrenable deseo de hacernos cómplices de los puntos de vista a los que arriba; no de sus premisas, no de su instrumental de análisis, no de la investigación bibliográfica, que quedan saludablemente subordinados a los textos que estudia. Así disfruto de una actitud lúdica cuya escasez actual —al menos en el ámbito hispano, sobre todo entre los hispanistas que trabajan en Estados Unidos— supongo que le haya ocasionado no pocas envidias frías con mordiscos de jabalí —parodiando a José Lezama Lima...

A lo que se añade otro producto poco abundante en el planeta y muy racionado oficialmente en la Cuba actual: la duda. También parte del juego. Y tan bien aprendida de Cervantes, genio que conoce a plenitud y de cuyas analogías manieristas con la pasada *modernidad* ha escrito páginas a la altura de los grandes cervantistas, como demuestra en el CD-ROM *Miguel de Cervantes* y sobre todo en su brillante distinción entre *visión* y *mirada* en *Don Quijote. Celestina's Brood. Continuities of the Baroque in Spanish and Latin American Literature*, de 1993 (publicado en español por la cubano-hispana editorial Colibrí en 1999 con el título *La Prole de Celestina*). Es el volumen que mejor muestra esa estirpe sinuosa, cartesiana, que se alimenta también de Husserl y del *New Criticism*, de maestros como Miguel Durán y del estructuralismo francés (el delicioso Roland Barthes), del deconstruccionismo y del poderoso Harold Bloom... El rehuir certezas totalitarias se traduce en un lenguaje pluralista, abierto a la polémica, sabedor de que su supervivencia depende de no cerrar ninguna puerta exegética. Y ello se agradece, como me ha ocurrido con sus estudios sobre nuestros coterráneos Severo Sarduy (exagera sus méritos), Miguel Barnet (no lo considera trivial) y José Lezama Lima (apenas lo ha rozado), donde su *habla* me ha dado la oportunidad de diferir fraternalmente, abrir otro juego.

El gran juego, sin embargo, tiene su mejor prueba en *The Pride of Havana. A History of Cuban Baseball* (1999), que la Editorial Colibrí está a punto de publicar en español con el título *La gloria de Cuba*, o mejor —como *Tres tristes tigres* o *Yemayá* y *Ochún*, como *Pájaros en la playa* o *Antes que anochezca*— su

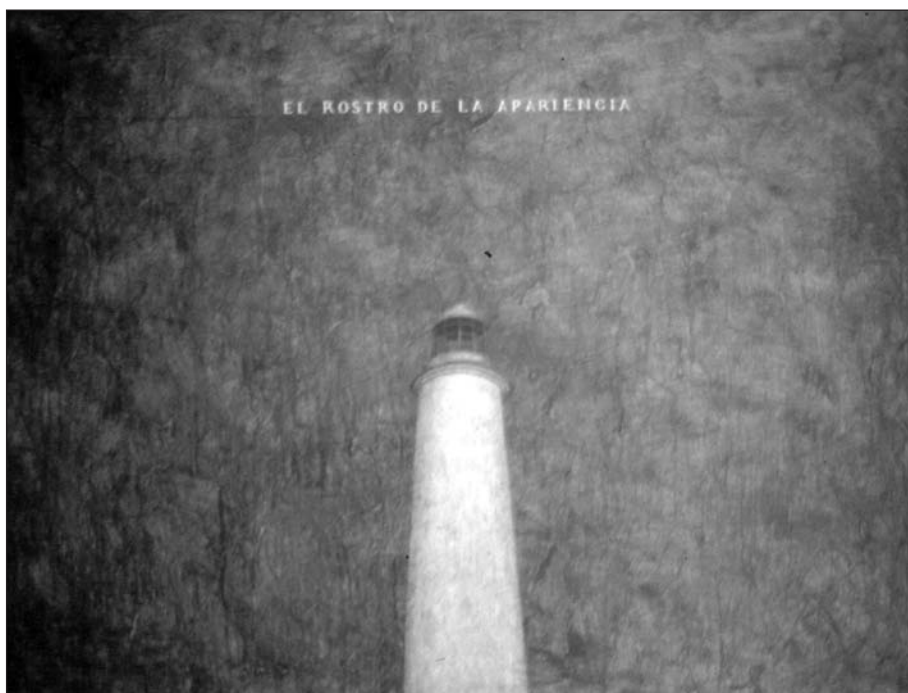
publicación en Cuba, la presentación en Sagua la Grande, el pueblo de Wifredo Lam y Jorge Mañach, donde naciera en 1943, en el centro norte de un archipiélago suyo, del que se enorgullece y al que enorgullece. Deporte nacional, *La gloria de Cuba* parece canónico, según me cuentan voces autorizadas como Miguel Ángel Sánchez. Aquí en Cuba sé que los escasos ejemplares pasan de mano en mano de cronistas, historiadores deportivos y fanáticos. El mío, no sólo he tenido que ferrarlo sino exigir varias veces su devolución a ciertos «olvidadizos»... Pero aunque el tema refuerza su amor al juego —además de asustar a los colegas unidimensionales—, lo que privilegia este libro, muy por encima de otros similares, es precisamente la exacta fundamentación antropológica, Marcusse y los sentidos de *Eros* contra *Tanatos*, los conjuros de lo inexorable, el azahar de cada instante de vida... Esas intertextualidades filosóficas, enriquecidas por su cultura literaria y la amenidad de su escritura, suelen «brillar por su ausencia» en las historias de los deportes. Al revés, como queda sugerido, le lanzan unos cuantos *strikes* al *catcher* literario, al formidable ensayista.

¿Y el muchacho, el otro sustantivo clave? Hermano gemelo del juego, tiene en la aventura y en el riesgo que implica su mejor signo. La paradoja del *puer-senex* sería el símbolo. Niño grande, Roberto González Echevarría —aviador aficionado— maneja su *jet* con audacia de trapequista en el circo de las palabras e irrefrenable curiosidad científica en las selvas de la teoría, la crítica y la historia de la literatura. *Myth and Archive. A theory of Latin American narrative* (desde el 2000 hay edición en español gracias al Fondo de Cultura Económica) puede dar fe del muchacho travieso, del juvenil Humboldt que no necesita a un Goethe porque ante todo juega consigo mismo, por el placer que le proporciona escalar históricamente las cimas y simas del género narrativo en América Latina. En la fuerte tradición de un Emir Rodríguez Monegal o de un Ángel Rama —para sólo citar a dos grandes que polemizaron—, apoyado en las analogías con el discurso hegemónico que Octavio Paz narra en *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, sustentado en Elías Canetti y su *Masa y poder*, este libro aventura y se aventura. Deja un *Archivo* que se abre a nuevos archivos... Deja la hipótesis —para este rápido retrato— de que su única constante son preguntas, de que siempre antes de aceptar o citar o dormir la siesta —como hace la mayoría— vuelve al muchacho que tuvo que marchar al exilio en la adolescencia, hacerse de otro idioma como casi materno, enfrentarse a lo extraño y hacerlo íntimo, a lo desconocido y apropiárselo.

Exilio y bilingüismo serían suficientes como juegos de entrenamiento —destino contra voluntad— que gana, donde vence. Nietzsche, sin embargo, quizás se halle a un lado —no fuera— de un talante juvenil que le es tan consustancial como la expectativa o la intriga. Intrigado siempre, deseoso de saber más, sus ensayos —los juegos profesionales— logran que uno disfrute la aventura porque son eso mismo: sondeos inéditos y perseverantes, ánimo orondo, andanzas donde el camino es tan importante como las estaciones. Porque las ansiedades de *Mito y archivo* —aun en desacuerdo con sus juicios sobre la edad de oro y la de hierro— son las mismas que siempre mueven el cilindro de la historia personal y pública, artística e intelectual, aunque el juego —según las

reglas o Dios— tenga final, como estas cinco cuartillas desde la amistad y desde el orgullo que experimento ante los éxitos —¿deportivos, no?— de un coterráneo de vista amplia y mirada penetrante, que sigue adarga al brazo, convirtiendo las bacinicas en yelmos.

Añado una tarde de febrero de 1999, no recuerdo si tras visitar al legendario Harold Bloom o al desaparecido historiador Manuel Moreno Friginals... Cuando regresamos a la casa en Northford, mientras asaba bajo la nieve unos pantagruélicos trozos de carne jugosa, la conversación junto a su esposa Isabel —también cubana— estuvo por *The Illusion of Immortality* de Corliss Lamont, para burlarnos —temblando— del tiempo. Por eso a Roberto González Echevarría —muchacho que sigue jugando, y muy bien— le regalo dos versos del mejor soneto de Borges a Spinoza, porque sé que los presencia: «No lo turba la fama, ese reflejo / de sueños en el sueño de otro espejo».



El rostro de la apariencia,
A/L, 138 x 172 cm., 1996.